

Empezar a contar: Testimonios escritos de oficiales y suboficiales argentinos en la inmediata posguerra de Malvinas

Florencia Gandara¹

Resumen

En junio de 1982 las Fuerzas Armadas argentinas presentaron su rendición ante Gran Bretaña, dando con ello por finalizada la guerra por la soberanía de las Islas Malvinas y del Atlántico sur. Oficiales, suboficiales y soldados conscriptos que retornaron luego de más de dos meses en las Islas fueron recibidos por un Ejército Argentino que generó y reguló estrictos dispositivos de recepción. A partir del análisis e interpretación de un punto particular de las denominadas Actas de Recepción —un formulario compuesto por varios ítems que el Ejército Argentino hizo completar a todas las personas ni bien regresaban de la guerra—, este artículo se propone indagar en las particulares formas en que los oficiales y suboficiales contaron e interpretaron sus propias experiencias bélicas así como en algunas de las implicancias estas tuvieron en la inmediatísima posguerra.

Palabras clave: Guerra de Malvinas; Experiencia bélica; Siglo xx; Argentina.

Abstract

In June 1982, the Argentine Armed Forces submitted their surrender to Great Britain, thereby ending the war for the sovereignty of the Falkland Islands and the South Atlantic. Officers, sub-officers and conscripted soldiers who returned after more than two months on the Islands were received by an Argentine Army that generated and regulated strict reception devices. Based on the analysis and interpretation of a particular item of the “Acta de Recepción”—a form made up of various items which every person, as soon as they returned from the war, was obligated by the Argentine Army to complete—this article proposes investigating the particular ways in which officers and non-commissioned officers told and interpreted their own war experiences as well as some of the implications these had in the immediate post-war period.

Keywords: Falklands war; War experience; 20th century; Argentina.

1 Instituto de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín.

Introducción

El 21 de junio de 1982, apenas siete días después de que terminara la guerra y recién llegado a Campo de Mayo, un teniente de 29 años del Regimiento de Infantería Mecanizado 3 escribía en un formulario oficial «no haber visto en los días de permanencia en las islas metido en los pozos a mis comandantes (ni tampoco) recorriendo las posiciones levantando la moral de cuadros y tropa» (*Acta de Recepción del personal del Regimiento de Infantería Mecanizado 3*, 21 de junio de 1982). Ese mismo día, un cabo primero de 25 años del mismo regimiento respondía en su formulario: «Yo doy las siguientes ideas: la alimentación tiene que ser mejor y de mayor cantidad» y continuaba diciendo que «los elementos que llegaban tenían que ser reparados, ya que el día que embarcamos en el pueblo vimos depósitos llenos de víveres, cigarrillos tirados en la calle, montones de ropa» (*Acta de Recepción...*, 21 de junio de 1982). Los testimonios que oficiales y suboficiales dieron a sus superiores en el preciso momento en que regresaban de la guerra dan cuenta de las formas en que ellos mismos interpretaron —individual y colectivamente— sus propias experiencias bélicas. En ese sentido, condensan al menos tres cuestiones sobre las que nos detendremos en las páginas que siguen. En primer lugar, sus palabras no solo dan cuenta del particular contexto en que fueron recibidos por el Ejército Argentino sino fundamentalmente del lugar que ellos mismos eligieron tomar en él, así como también de algunas formas de identificación, solidaridades y disputas asociadas a la experiencia de guerra. En segundo lugar, sus denuncias y reclamos sugieren que la guerra vivida poco tenía en común con la que ellos —a partir del Ejército que conocían— habían imaginado. En tercer lugar, y en relación con los puntos anteriores, sus testimonios son particularmente elocuentes para explorar cómo percibían a la institución militar a partir de su experiencia, y qué lugar consideraban que tenían o podían tener en ella.

Este trabajo —que forma parte de una investigación más amplia sobre los miembros del Regimiento de Infantería Mecanizado (RIM) 3 durante la posguerra de Malvinas— toma por antecedente y se inserta en el campo que aborda la guerra desde una perspectiva sociocultural. Las investigaciones que conforman este campo, que en Argentina emergió en la década del noventa y en los últimos años se desarrolló con relativa intensidad, parten de la premisa de que es fundamental prestar atención a las experiencias de quienes vivieron la guerra para desarticular explicaciones simplificadoras y generalizadas sobre la historia reciente argentina (Lorenz, 2006). Algunos trabajos realizados durante los últimos años (Guber, 2016; Lorenz, 2015; Rodríguez, 2015, 2020; Soprano, 2018a, 2018b, 2020), demostraron, a su vez, que enfocarse en un caso de estudio particular y analizarlo exhaustivamente puede ofrecer resultados relevantes para dar precisión al tema Guerra de Malvinas y profundizar, al mismo tiempo, la posibilidad de comprender a la sociedad que la hizo posible. Así, por ejemplo, Germán Soprano (2018a) estudió exhaustivamente la experiencia del Grupo de Artillería 3, desentrañando (entre múltiples cuestiones) qué tipo de formación bélica habían recibido sus miembros y cuestionando, a partir de sus hallazgos, un lugar común historiográfico: a saber, que el Ejército Argentino había descartado la hipótesis de conflictos regulares e internacionales. El caso del Grupo de Artillería 3, cuyo Puesto Comando y las Baterías de Tiro A y B se encontraban contiguas al RIM 3, es particularmente importante para este trabajo precisamente porque ambos vivieron, desde sus posiciones, situaciones análogas. Las solidaridades y conflictos establecidos entre oficiales, suboficiales y soldados conscriptos de dicha unidad durante la contienda y durante la posguerra han sido abordadas por Soprano (2020) y resultan especialmente valiosas para pensar las especificidades del RIM 3. Tomando como ejemplo estos trabajos, en este artículo pongo el foco en un regimiento en particular para comenzar a restituir los modos en que oficiales y suboficiales—esto es, el personal que decidió pertenecer al Ejército Argentino— comenzaron a contar y procesaron sus experiencias en la más inmediata posguerra.

La categoría de «experiencia» en la historia social y cultural está fundamentalmente asociada a la ya clásica conceptualización de E. P. Thompson (1963/2012), que fue en adelante reelaborada de acuerdo a diversas preocupaciones y temas. Dentro del campo de la denominada historia social y cultural de la

guerra, que comenzó a desarrollarse en Europa en los años cincuenta y sesenta, la categoría de experiencia se empleó para reintroducir en la historia la agencia y las perspectivas de quienes vivieron y recordaron las guerras. Johana Bourke empleó «experiencia» en este sentido cuando se propuso abordar, a partir de testimonios, el acto de matar como parte central de la historia de la guerra durante el siglo XX. Por eso en su trabajo realiza una serie de reflexiones a propósito de la relación entre los testimonios, la identidad de los testimoniantes y las experiencias que narran: «el acto mismo de narrar cambia y modela la “experiencia” [...] desde el momento de matar, el evento ingresó en la imaginación y comenzó a ser interpretado, elaborado y reestructurado» (Bourke, 1999: xxii). En Argentina la historia sociocultural de la Guerra de Malvinas, como señalamos más arriba, también se ha ocupado en comprender, en un sentido análogo al de Bourke, tanto las múltiples dimensiones de las experiencias bélicas, como así también el modo en que estas fueron reelaboradas y resignificadas durante la posguerra (Lorenz, 2006; Guber, 2016; Soprano 2018c, 2020). Partiendo de la premisa de que las identidades son construcciones sociales producto de procesos históricos —y por lo tanto no son estáticas ni atemporales—, el trabajo de Andrea Belén Rodríguez (2020) sobre los miembros del Apostadero Naval Malvinas se detiene en los vínculos entre las vivencias bélicas, la posibilidad de sus protagonistas de narrarlas/reelaborarlas y la conformación, durante la posguerra, de identidades individuales y grupales. Tanto su trabajo con testimonios como el que realiza Soprano (2020) a propósito de las relaciones de solidaridad y conflicto desarrolladas durante la contienda por los miembros del Grupo de Artillería 3 constituyen ejemplos del modo en que en el campo local se están abordando las experiencias bélicas en sus múltiples dimensiones, las voces de los protagonistas —analizadas en su contexto— y sus relaciones con la conformación de identidades específicas durante la posguerra.

A partir del análisis e interpretación de un punto particular de las denominadas Actas de Recepción —un formulario compuesto por varios ítems que el Ejército Argentino hizo completar a todas las personas ni bien regresaban de la guerra—, este artículo se propone indagar en las particulares formas en que los oficiales y suboficiales narraron elementos de sus experiencias bélicas y algunas de las implicancias estas tuvieron en la inmediata posguerra. Se trataba de narraciones enmarcadas en un contexto específico (la llegada desde la guerra), en un tipo de formulario institucional, y direccionadas a la lectura de sus superiores. Aún así, fue un espacio del cual oficiales y suboficiales se valieron para elaborar sus experiencias y direccionar también críticas y sugerencias.

Este trabajo, entonces, está atravesado por tres propuestas principales. La primera es realizar un análisis intensivo del Regimiento de Infantería 3 como caso de estudio privilegiado. La segunda es trabajar con fuentes documentales que, debido a su reciente desclasificación —formalizada por el Decreto 503/2015 (Argentina, 2015)—, aún no fueron analizadas en profundidad. Estas fuentes resultan de especial interés, entre otras cosas, por haber sido producidas a pocos días de concluida la guerra y haber permanecido clasificadas desde entonces. La tercera propuesta está vinculada a centrar la atención en dos grupos de personas que al momento se encuentran relativamente subexplorados en el campo de estudios socioculturales de la guerra de Malvinas (hasta el momento más centrado en los soldados conscriptos): los oficiales y suboficiales del Ejército Argentino. Si quienes regresaban de la guerra en junio de 1982 encarnaban en sí mismos una superposición de sentidos pues eran al mismo tiempo quienes partieron a combatir por la soberanía argentina —esa iniciativa bélica que había sido fuertemente apoyada por amplios sectores de la sociedad— y quienes traían de regreso la derrota, sobre los miembros regulares del Ejército pesaban también las consideraciones generales que la sociedad construía por esos momentos sobre la institución castrense que desde 1976 gobernaba el país y había cometido todo tipo de crímenes que empezaban a hacerse públicos, recorriendo con diferentes intensidades y modalidades zonas crecientes de la opinión pública argentina (Feld, 2015; Franco, 2018). Posiblemente esta coyuntura junto a la poca disponibilidad de fuentes documentales sean algunas de

las causas que expliquen los motivos por los cuales se estudió más a los soldados conscriptos que a estos grupos de personas que habían elegido pertenecer al Ejército Argentino.

El modo en que tanto oficiales como suboficiales, en las respuestas aquí analizadas, se reafirmaron en sus jerarquías pero al mismo tiempo cuestionaron con dureza al propio ejército, así como también las específicas formas de solidaridad, identificación y disputa que parecen construirse a partir de la experiencia bélica, constituyen antecedentes relevantes para comprender algunos aspectos de los acontecimientos que se vivieron al interior del Ejército Argentino en los años que le siguieron a 1982. Una hipótesis de este trabajo es, en relación con eso, que las narraciones e interpretaciones inmediatas de sus propias experiencias de guerra fueron una puerta a través de la cual muchos de estos sujetos pudieron expresar opiniones y cuestionar a la institución a la que habían elegido pertenecer, cuestionamientos que incluían —especialmente para los suboficiales— una serie de llamados de atención sobre las funciones y características del Servicio Militar Obligatorio. La forma en que los oficiales y suboficiales del Regimiento de Infantería 3 interpretaron sus experiencias de guerra constituye una mirilla a través de la cual indagar cómo se vivió la inmediatísima posguerra al interior del regimiento, así como también qué efectos tuvo tanto en su interior como entre sus miembros. Para hacerlo, este artículo está dividido en tres secciones. Primero analizaremos brevemente el modo en que los miembros del Ejército fueron recibidos una vez finalizada la guerra, lo que nos ayudará a valorar las fuentes y los testimonios con los que trabajaremos con mayor especificidad. Luego nos dedicaremos, en los dos apartados siguientes y respectivamente, al estudio e interpretación de los propios testimonios de los oficiales y los suboficiales del regimiento en cuestión.

De regreso

Mientras las primeras normativas elaboradas para recibir a los soldados conscriptos, suboficiales y oficiales que volvieron de Malvinas contemplaban la eventual llegada de heridos y prisioneros tomados durante el conflicto, tras la rendición del 14 de junio de 1982 fue evidente que todas las personas que estaban en las Islas llegarían juntas y en poco tiempo. Quizás evaluando posibles impactos de la derrota, las formas en que estas personas serían recibidas no se libraron al azar. Por el contrario, rápidamente se adaptaron las primeras normativas para que hubiera estrictos mecanismos de control estatal que regularon a dónde llegarían, por qué vías, quiénes los recibirían, durante cuánto tiempo estarían alojados en los lugares destinados al proceso de recepción y qué actividades se desarrollarían allí. Entre las estrictas reglas y cronogramas de los llamados Centros de Recuperación del Personal de la Fuerza estaba previsto que cada regresado —independientemente de su rango y jerarquía— completara en el momento inmediatamente posterior a su llegada un formulario denominado Acta de Recepción. Allí los oficiales y suboficiales del Regimiento de Infantería 3 completaron estas Actas, generando los testimonios que aquí analizamos.

El Ejército Argentino organizó el regreso de los prisioneros de guerra de acuerdo a lo dispuesto por distintas órdenes especiales (OE) que regulaban los procedimientos a realizarse. La OE 1/82, fechada el 7 de junio, creó el Centro de Recuperación del Personal de la Fuerza (CRPF) y reguló el modo en que se recibiría al personal del Ejército Argentino capturado por el enemigo —mientras durara el conflicto, estos prisioneros serían devueltos a través de un país neutral cercano—. Luego de la rendición, una segunda Orden Especial (OE 2/82, del 19 de junio) declaró como propósito organizar «la recepción, clasificación, recuperación integral y reintegro a sus destinos de origen» de los evacuados de las Islas Malvinas. Esta disposición, que preveía una llegada masiva de oficiales, suboficiales y soldados conscriptos, destinaba la Escuela de Suboficiales Sargento Cabral (en Campo de Mayo) a funcionar durante 16 días como CRPF. Durante este período de tiempo se licenció a los aspirantes a suboficiales, pues la tarea fue encomendada a integrantes del ejército especialmente elegidos para esta tarea.

Durante la estadía de los recién llegados se preveía un estricto cronograma de actividades y quehaceres, reglados y organizados específicamente para la ocasión. Asimismo, la permanencia en el CRPF implicaba la realización de una serie de entrevistas a partir de las que se realizaban diariamente informes de inteligencia, contrainteligencia y de personal. También estaban previstas la «acción psicológica» y la «atención espiritual», (Orden Especial [OE] 2/82, 19 de junio de 1982, s/p., CEM, SHE, CABA, Buenos Aires, Argentina) además de los cuidados médicos que fueran necesarios. Como reglas generales de acuerdo con las OE, las personas alojadas en el Centro no podían retirarse del sector destinado a su alojamiento salvo que estuvieran acompañados por un superior —para regular esto estaba la Policía Militar apostada en los accesos—. Tampoco podía ingresar ninguna persona que fuera ajena a las tareas allí desarrolladas (tanto de la propia fuerza como personas ajenas a ella, ya que las visitas estaban prohibidas), y quienes estuvieran desarrollando sus tareas en el CRPF no podían vincularse ni dar ninguna información a familiares de los evacuados y alojados. El uso de teléfonos estaba prohibido salvo en caso de expresa autorización, en cuyo caso debía consignarse el llamado en un libro de actas y realizarse desde la guardia de prevención.²

A medida que llegaban los oficiales, suboficiales y conscriptos desde Malvinas a Campo de Mayo, un denominado Grupo Recepción —de la Sección Personal del Centro— estaba encargado de que completaran los formularios llamados Actas de Recepción.³ En el caso de que fuera necesario, este grupo también era el que derivaba al personal herido o enfermo al Hospital Militar o Centro de Hospitalización correspondiente. Las Actas de Recepción, por haber sido producidas masivamente en ese contexto, constituyen una serie de documentación particularmente valiosa para la investigación histórica —de hecho, así lo fueron para las denominadas Comisiones de Evaluación,⁴ para las cuales estuvieron disponibles—, y por eso nos detendremos en ellas. Se trata de una documentación horizontal pues independientemente de la jerarquía o rango que se tuviera todos tenían que completar la misma información básica de forma manuscrita e individual. Por ello las Actas de Recepción ofrecen información estandarizada que nos permite trazar un panorama acerca de quiénes eran las personas que regresaban de Malvinas y cómo interpretaban —o elegían mostrar a sus superiores— sus propias experiencias de guerra. En adelante nos detendremos en el último punto del formulario [«Aspectos de interés para agregar (Ver Anexo 4)»], que resulta especialmente relevante pues en él cada persona podía incorporar, si elegía hacerlo, la información que quisiera o considerara relevante. Si bien completar este ítem no era obligatorio para los oficiales y suboficiales, solo ellos podían hacerlo: los soldados conscriptos no tenían este punto en sus Actas de Recepción.

Ahora bien, ¿qué porcentaje de respuestas a ese ítem hubo entre los miembros del RIM 3? Del conjunto de Actas, cuya serie se encuentra completa, el 55 % de suboficiales y el 66 % de los oficiales eligieron contestar el Anexo 4. Recién llegados de la guerra, más de la mitad de los oficiales y suboficiales de este regimiento eligieron dedicar tiempo para escribir, de puño y letra, la información adicional que consideraban necesario incluir en dichas Actas. Este volumen de respuestas constituye en sí mismo un dato llamativo en una institución verticalista como el Ejército Argentino, por lo que su importancia se refuerza. Si la mera existencia de las Actas habla de cierta voluntad oficial de investigar lo ocurrido y actuado en la guerra por parte de las Fuerzas Armadas, que más de la mitad de los miembros —no conscriptos— del RIM 3 eligiera agregar información da la pauta de que existía, entre ellos, cierta voluntad de expresarse, dejar registros, contar sus

2 La información de este párrafo en OE 2/82, 19 de junio de 1982.

3 La información total requerida puede verse transcrita en el Anexo 1.

4 Las comisiones de evaluación fueron conformadas por las autoridades militares argentinas para evaluar las operaciones realizadas y las responsabilidades de quienes habían tenido algún grado de compromiso en el desarrollo de la guerra. Hubo distintas comisiones a lo largo de los años que resultaron en informes de diferentes características. Si bien estas comisiones elaboraron documentación propia a partir de entrevistas y pedidos de informes, las Actas de Recepción fueron para su trabajo un material excepcionalmente relevante.

experiencias o bien dar su opinión a sus superiores dentro de las Fuerzas. ¿Qué los motivó a escribir? ¿Qué nos puede decir hoy la información adicional que ellos eligieron incorporar en junio de 1982 a esas actas?

Los modos en los que las guerras fueron vividas estuvieron fuertemente condicionadas por las posiciones específicas que distintas unidades ocuparon, por el tipo de combate que realizaron, por el acceso de sus miembros a elementos de higiene, limpieza y correspondencia, entre otras muchas cuestiones. En relación con eso y a modo de contextualización, es posible reunir brevemente algunas características del regimiento en cuestión. El RIM 3 (ubicado en 1982 en La Tablada) era parte del Comando Cuerpo del Ejército I, que correspondía a la Provincia de Buenos Aires. Fue uno de los regimientos que más temprano y con más miembros estuvieron en las Islas. Entre el 9 y el 13 de abril 1982 llegó a Malvinas con alrededor de novecientas personas: 724 soldados conscriptos, 132 suboficiales, 28 oficiales y 3 jefes.⁵ Allí tuvo como misión la defensa de la zona sur de la localidad de Puerto Argentino frente a una posible incursión o intento de ocupación de la localidad por parte del enemigo. La unidad se ubicó por subunidades aisladas cuyas posiciones fueron construidas por ellos mismos durante los primeros días en las Islas. Desde mediados de abril hasta mediados de junio los miembros del Regimiento 3 estuvieron en esas posiciones cercanas a la costa en la periferia de la ciudad. Allí recibieron, desde el primero de mayo, constantes bombardeos de aviación durante el día y navales durante la noche, con la consecuente tensión y problemas de abastecimiento general —de insumos y alimentos— que esta situación profundizaba. A mediados de junio el regimiento se reorganizó en el territorio debido al desarrollo de los acontecimientos bélicos y, en ese contexto, la Compañía A estuvo involucrada —los días 13 y 14 de junio— en los últimos combates antes de la rendición.

Los oficiales

Las experiencias de guerra y, sobre todo, los modos en que fueron interpretadas en la inmediata posguerra marcaron profundamente las identidades y solidaridades entre los oficiales del Regimiento de Infantería 3. Si por una parte su sentido de identidad corporativa asociada a la pertenencia al cuerpo de oficiales se mantuvo muy fuerte luego de la guerra, por otro lado la propia experiencia generó fisuras al interior del grupo. Desde teniente coronel —rango del jefe del regimiento— fueron a la guerra oficiales de todas las jerarquías inferiores, que provenían de diferentes provincias y tenían distintas edades. A partir de los testimonios que dejaron en las Actas de Recepción, sus experiencias parecen fuertemente relacionadas al rango y posición ocupada durante la guerra. Los más jóvenes —que habían ingresado hacía menos tiempo al Ejército, tenían grados inferiores y compartieron experiencias con sus subalternos— expresaron en sus respuestas en este Anexo críticas relacionadas con la escasez de alimento, correspondencia, equipamiento e incluso comportamiento de sus superiores. Sin embargo, valorizando su pertenencia al grupo de oficiales, también criticaron duramente lo actuado por suboficiales y conscriptos. En este sentido, a partir de sus testimonios es posible interpretar que la guerra fue para ellos una experiencia límite que puso en cuestión tanto sus propias formas de percibirse como grupo como así también sus ideas generales sobre el Ejército Argentino. Debido a la recurrencia de algunas de las respuestas, asimismo, es posible pensar que hubiera entre ellos acuerdos previos sobre qué respuestas dar o, al menos, qué aspectos enfatizar.

Los oficiales del Ejército Argentino se organizan de acuerdo a la pertenencia a una promoción (de la que egresan del Colegio Militar de la Nación) y a un arma de formación—infantería, caballería, artillería, ingenieros o comunicaciones—, variables ambas que definen identidades y sociabilidades profesionales. Desde su ingreso al Colegio Militar hasta su retiro, los oficiales del Ejército Argentino pasan por múltiples instancias de formación y evaluación que configuran el universo de jerarquías, rangos y características propias de esta institución. A partir del desempeño de cada oficial en estas evaluaciones a lo largo de la carrera

5 Información citada del *Informe de Novedades del Cpo. Ej. I*, foja 10, CEM, SHE, CABA, Buenos Aires, Argentina.

castrense se construye un orden de mérito de cada promoción, a partir de la cual se organizan los ascensos y, en general, la jerarquía dentro de la Fuerza (Soprano, 2018b).

El RIM 3 viajó a Malvinas a cargo de su jefe, el teniente coronel David Comini. Fueron con él dos mayores, seis capitanes, siete tenientes primeros, ocho tenientes y siete subtenientes. Estos oficiales asumieron roles de mando y responsabilidad de acuerdo a la jerarquía que tenían: jefe de regimiento, segundo jefe de regimiento, jefe de personal, jefe de operaciones, jefe de logística, jefe de inteligencia, jefes de compañía, jefes de sección. A partir de la información que podemos obtener de las Actas de Recepción —que completaron todos menos el teniente coronel y los dos mayores, por lo que no están incluidos en las presentes consideraciones— los oficiales del regimiento eran de las provincias de Buenos Aires, Córdoba, Mendoza, Entre Ríos, Chubut y Tucumán y tenían entre 38 y 21 años en 1982 cuando fueron a la guerra. Del análisis de las respuestas de los oficiales surge que los ocho que decidieron no agregar información son los más antiguos (es decir, pertenecientes a promociones anteriores) que, coincidentemente, son los que tenían las jerarquías más altas dentro del regimiento. A excepción de uno, el más antiguo del regimiento, ningún teniente primero ni capitán decidió incorporar datos o consideraciones de interés. Si lo hicieron, por su parte, todos los tenientes y subtenientes. Esta división tan precisa sugiere una posible ruptura entre las distintas promociones. Si bien no existe una relación estricta entre promoción y clase (Soprano 2018b), la existencia de cierta correlación nos permite aproximarnos a alguna información indicial: a excepción de la clase 52 (cuyos miembros no tuvieron la misma conducta, hecho probablemente relacionado a pertenecer a distintas promociones) y de un teniente primero clase 44, todos los oficiales mayores de treinta años decidieron no contestar, mientras que los menores —que, como dijimos, representan el 66 % de los oficiales de este Regimiento— sí lo hicieron. Por otra parte, todos los testificantes tuvieron como rol de combate el cargo de jefe de sección. ¿Qué dijeron?

Un primer núcleo de observaciones comunes entre la mayoría de los oficiales que eligieron completar el Anexo 4 está vinculado a la cuestión del equipamiento. Al respecto, señalan que la ropa era inadecuada, insuficiente y poco impermeable, que el equipo en general era obsoleto, que hubo una falta generalizada de medios de movilidad que dificultó o incluso imposibilitó las tareas así como también pocos medios de comunicación, visores nocturnos escasos y de mala calidad, falta de artillería propia y, finalmente, «escaso y en pésimas condiciones armamento individual y morteros» (*Acta de Recepción del personal...*). En líneas generales, también expresaron múltiples reclamos sobre la dificultad o imposibilidad de comunicarse con las familias y sobre las dificultades en la atención y traslado de heridos, que algunos inclusive calificaron de «desastrosa» (*Acta de Recepción del personal...*).

Un segundo núcleo de observaciones está vinculado a las referencias negativas sobre los oficiales superiores. Los oficiales declarantes incluso llegaron a responsabilizarlos por los problemas de moral de la tropa, una cuestión especialmente valiosa entre los oficiales. En relación con eso decía un teniente

... no haber visto en los 64 días de permanencia en las islas metido en los pozos a mis comandantes recorriendo las posiciones levantando la moral de cuadros y tropa que debió soportar las inclemencias climáticas y meteorológicas (frío intenso, lluvias copiosas, nieve, heladas, inundaciones) (*Acta de Recepción del personal...*).

Y agregaba un subteniente que «durante los 68 días en que permanecí en las islas no vi a mi comandante de brigada, ni siquiera el día del ejército, desmoralizando altamente este hecho a la tropa» (*Acta de Recepción del personal...*).

En las palabras de estos oficiales aparece explícita y muy claramente marcada una diferenciación entre quienes estaban con o en contacto con sus subordinados «en los pozos», soportando las inclemencias del clima y los efectos físicos y mentales de los constantes bombardeos, y los que no solo no estaban allí sino que ni siquiera los visitaban. Esta diferencia se expresó también en relación con las posiciones ocupadas y la calidad de vida en dichos lugares: «[Teníamos] conocimiento de que en los lugares poblados se vivía con

excesiva comodidad, mientras que en las posiciones de primera línea era todo lo contrario, provocando esta actitud el resquebrajamiento de la moral y la disciplina» (*Acta de Recepción del personal...*).

Las vivencias de los oficiales estuvieron profundamente atravesadas por el lugar físico en que vivieron durante los meses de la guerra. A partir de sus propias experiencias es posible comprender las fuertes distinciones que se perciben al interior del grupo. Estas, a su vez, nos permiten pensar en una segunda fisura: entre quienes permanecieron en la primera línea y quienes por el contrario vivieron, en palabras del teniente, «con excesiva comodidad» (*Acta de Recepción del personal...*). Estas divergencias entre oficiales evocan y parecen corresponder a la misma lógica que la distinción que surgió y se instaló fuertemente al regreso de la guerra al interior del Ejército Argentino entre los llamados «oficiales de escritorio» y los «oficiales con mando de tropa» (Lorenz, 2009). En el caso que analizamos a partir de estos testimonios, sin embargo, la distinción no pasaría por diferenciar a quienes no fueron a la guerra de quienes sí lo hicieron, sino que operaría al interior de último grupo. Sintetizaba un Subteniente de 24 años:

Muchas veces me pregunté ¿Nuestros comandantes no ven el estado del personal? Nunca supe que algún soldado hubiera sido visitado en su pozo más que por su jefe de grupo, sección, Ca y en algunos casos Jefe de Regimiento. Muchas veces me pregunté ¿No ven nuestros comandantes que esta tropa cada día que pasa es menos apta para combatir? [...] El primer enemigo fue el pozo, no los ingleses.

Más allá de estas potenciales o incipientes fisuras entre oficiales de distintas jerarquías, que aparecen expresadas en las denuncias y reclamos de los oficiales del Regimiento 3, todos los testimonios están atravesados por un acentuado sentido de la «identidad de oficial» que es propia de la institución castrense y precede al conflicto bélico. Esta identidad y sentido de pertenencia, aun considerando las declaraciones anteriores, no parecía horadarse. Por el contrario, se reforzaba por la constante diferenciación que los oficiales realizaban entre ellos mismos (como grupo) y los suboficiales y soldados conscriptos. En este sentido, las diferencias al interior del grupo parecen suavizarse a la hora de señalar «muchos problemas de disciplina con los cuadros y la tropa» (*Acta de Recepción del personal...*).

Las acusaciones que estos oficiales hicieron al regresar de la guerra sobre los suboficiales se concentraron en dos aspectos cualitativamente distintos a los reclamados hacia los oficiales superiores. Por un lado, se dirigieron a la falta de disciplina y educación militar. Por el otro, cuestionaron sus valores y «sentido heroico», tan caro a la institución castrense. Al respecto, señalaban saber de

Suboficiales que sustraían la ración que debía ser entregada en la sección [se los menciona por apellido y grado]. [Un suboficial], en inminencias de combate final, desempeñándose como encargado del pelotón comando de la sección, sustrae de las raciones del pelotón todo aquello que contribuía a mantener la moral (caramelos, galletitas, leche, chocolate etc.) (*Acta de Recepción del personal...*).

Mientras denunciaban a los suboficiales, los oficiales declarantes se autoconstruían como un grupo dotado de valores y conductas «superiores», adecuadas para la situación que afrontaban y a la institución a la que representaban. Un teniente, en este sentido, se quejaba del

Espíritu de derrota y temor permanente del [un suboficial] transmitiendo a sus soldados, a quien no le importaba el resultado de lo que aconteciera en las islas, sino que nos fuéramos cuanto antes de allí. Destaco que pese a estar descansado abandonó en varias oportunidades su puesto de seguridad durante la noche. Total falta de educación militar y moral del personal de cuadros subalternos que hacían todo en provecho personal y no de la tropa en el campo. Quiero hacer la aclaración de que dicho personal era de buen comportamiento habitual en el cuartel en la paz, pero en la guerra demostraron todo lo contrario y afloraron sus miserias humanas (*Acta de Recepción del personal...*).

Además de presentarse a sí mismos como portadores de valores y conductas profundamente distintas a las de estos suboficiales, se diferenciaron y expresaron sus opiniones respecto a los soldados conscriptos

sobre los que manifestaron —pese a alguna excepción— caracterizaciones negativas. Se refirieron a su mal comportamiento y —otra vez— «falta de valores y espíritu», que algunos asociaron a su edad —tema al que referiremos más adelante— y otros a su (falta de) educación. Las palabras de un teniente muestran que, tal como pasaba con las referencias que hacían a suboficiales, mientras se denunciaba a los conscriptos también se auto-afirmaban los valores e identidad propia de los oficiales [el subrayado es original]:

El soldado de 18 años pese a todo lo hablado por su jefe de sección y el ejemplo personal de este durante todo el tiempo, en los momentos críticos y de combate evidenció muy poco dominio de sí mismo, solamente algunos pocos soldados (cinco de treinta) evidenciaban en todo momento valor y decisión y vivir la situación. El único interés del soldado era la comida llegando al extremo de robar a sus camaradas y superiores aún en momentos de combate o recibir fuego de enemigo (*Acta de Recepción del personal...*).

Al incorporar estas denuncias como aspectos de interés en las Actas de Recepción los oficiales asemejaron las conductas de los suboficiales a las de los soldados conscriptos para distanciarse radicalmente de ambos y auto afirmarse como diferentes. En algunos casos esta operación se lleva al punto de referirse a ambos grupos a la vez, señalando en ellos faltas que califican como especialmente graves y deshonorosas —en las que ellos, aparentemente, no habrían incurrido—:

Es de destacar que no existe conciencia nacional ni sabe lo que defiende el soldado que estuvo en la zona de operaciones. Hubo que presionar constantemente aún por métodos violentos para concientizar al personal, tanto de soldados como de suboficiales. [...] La indisciplina, manifestada por la desobediencia, fue constante desde que se salió de la guarnición hasta el momento de la rendición. [...] El personal de cuadros, en general, manifestó fallas grandes de moral y mando.⁶

Las referencias analizadas hasta aquí, que se caracterizan por la disconformidad pero al mismo tiempo por cierta sorpresa, llaman la atención sobre la posibilidad de que estos oficiales hubieran imaginado una guerra profundamente distinta a la que vivieron. Sus experiencias y las formas en que las interpretaron condujeron a los oficiales que eligieron declarar precisamente a distinguir (y denunciar) comportamientos aparentemente inesperados de acuerdo a sus conocimientos sobre el modo de actuar tanto de sus superiores como de sus subalternos.

A partir de sus testimonios estos oficiales intentaron posicionarse a sí mismos como sujetos cuya opinión valía y merecía ser escuchada y tenida en cuenta. Por eso aparecen con cierta frecuencia en sus declaraciones —particularmente en las de los tenientes— observaciones sobre la situación general del Ejército Argentino e incluso opiniones personales sobre cómo se podrían/deberían cambiar determinadas condiciones. Es destacable, en relación con esto, que ningún oficial se refirió al Servicio Militar Obligatorio, sino que se concentraron en otras cuestiones. En opinión de un teniente, por ejemplo, «Sería positivo capitalizar la experiencia recibida en el TOAS [Teatro de Operaciones del Atlántico Sur] a fin del perfeccionamiento de las FFAA. Creo que la logística debe cambiar para ocupar un lugar preponderante en el combate» (*Acta de Recepción del personal...*).

A partir de su propia interpretación de la reciente experiencia en Malvinas, otro teniente concluía su testimonio señalando que se precisaba la «formación urgente de un ejército en guerras profesionales y más urgente educación ética política del militar que le de conocimientos claros de aquellos valores por los cuales vale la pena matar y morir» (*Acta de Recepción del personal...*).

Un tercer testificante, refiriéndose a las dificultades organizacionales que se habían vivido durante el conflicto, llegó a indicar «la necesidad de renovar la organización general del ejército, modernizar el material,

6 El oficial que hizo esta declaración fue denunciado tanto por suboficiales como por soldados conscriptos por malos tratos y torturas. Es uno de los casos en que la Justicia Militar aplicó, en la inmediata posguerra, sanciones disciplinarias por excesos [en los términos de la Justicia Militar de 1982].

equipo y armamento, reducir la cantidad de efectivos y profesionalizar a los mismos» (*Acta de Recepción del personal...*).

Aun de manera burocratizada y regimentada, las Actas de Recepción sirvieron de ocasión para que algunos oficiales comenzaran el proceso de narración y, de esa manera, de interpretación y elaboración de sus experiencias de guerra. La guerra fue para estos jóvenes oficiales una experiencia límite que puso en cuestión sus propias subjetividades y percepciones acerca del ejército, acerca de los suboficiales que en su opinión se comportaban de un modo en el regimiento y de otro en la guerra, e incluso de sus superiores. En este sentido, su propia posición relativa en el ejército parece ser distinta en la posguerra, tal como se expresa en las preocupaciones y opiniones que manifiestan a sus superiores en relación con la formación que el Ejército Argentino debía dar, entre otros señalamientos. En la inmediata posguerra su posición fue ambivalente: si bien no se diluyó su autopercepción corporativa, aparecieron en sus testimonios algunos indicios de fisuras —entre promociones, entre los que estuvieron en primera línea y los que no, entre otras—.

Los suboficiales

Para los suboficiales del Regimiento de Infantería 3 las experiencias de guerra —y sus interpretaciones inmediatamente posteriores— también fueron excepcionalmente relevantes en conformación formas de identificación, solidaridades y disputas. A Malvinas fueron suboficiales de todos los grados que tenían entre veinte y cincuenta años. Como los oficiales, los suboficiales también reafirmaron en sus testimonios su propia identidad grupal. Aunque no parece emerger de la experiencia bélica ninguna fisura interior al grupo, en sus testimonios sí se distinguen fuertemente tanto de sus superiores —los oficiales, de quienes denuncian desde fallas en la logística hasta malos tratos— como de los soldados conscriptos. Su relación con estos últimos, sin embargo, no es homogénea ni lineal: mientras algunos se dedicaron a criticarlos duramente por sus actuaciones durante el conflicto y otros los reivindicaron, un tercer grupo desplazó el problema y aprovechó las Actas de Recepción como oportunidad para reflexionar y transmitir las opiniones que tenían, a partir de sus recientes experiencias de guerra, sobre el SMO como institución. Asimismo, parecen haber sido sus propias experiencias en Malvinas las que los condujeron a la ambigua situación de reforzar las jerarquías y reivindicar a la institución castrense a la que habían elegido pertenecer, pero al mismo tiempo posicionarse en un lugar de relativa empatía respecto de los soldados conscriptos por haber compartido con ellos el día a día durante el conflicto.

Los suboficiales del Ejército Argentino también se organizan de acuerdo a las distintas armas, especialidades y servicios de apoyo al combate. Su formación inicia con la denominada educación básica, que los suboficiales que fueron a Malvinas realizaron en alguna de las escuelas de suboficiales del Ejército Argentino que funcionaba en 1982 —la Escuela de Suboficiales Sargento Cabral, para las armas, y la Escuela de Suboficiales General Lemos, para especialidades y servicios de apoyo al combate—, y continúa hasta el momento de su retiro en distintas instancias de perfeccionamiento y capacitación (Soprano, 2016). El Regimiento de Infantería 3 llevó a Malvinas suboficiales de todas las jerarquías: suboficial mayor, suboficial principal, sargento ayudante, sargento primero, sargento, cabo primero, cabo de reserva y cabo. Eran 132 varones de entre veinte y cincuenta años que provenían de las provincias de Jujuy, Salta, Tucumán, Chaco, Formosa, Misiones, Corrientes, Entre Ríos, Santa Fe, Córdoba, Mendoza y Buenos Aires. Al llegar al Centro de Recepción, 73 de los 132 suboficiales decidieron agregar información en el Anexo 4. A diferencia de los oficiales, no hay entre quienes decidieron contestar y quienes no lo hicieron una diferencia de edad ni jerarquía: el índice de respuesta se mantiene parejo en todos los rangos.

Como algunos de los oficiales, los suboficiales aprovecharon este ítem como oportunidad para señalar distintos problemas que habían vivido durante los meses que pasaron en las islas. La declaración de un cabo primero de 25 años es especialmente elocuente:

Los soldados no nos sirvieron para la guerra, solamente pensaban en comer y dormir. Yo doy las siguientes ideas: la alimentación tiene que ser mejor y de mayor cantidad. Los elementos que llegaban tenían que ser repartidos, ya que el día que embarcamos en el pueblo vimos depósitos llenos de víveres, cigarrillos tirados en la calle, montones de ropa. Para ir a la guerra lo elemental es una buena comunicación, y el armamento nuevo. Los soldados tienen que ser mayores de 20 años y saber o tener un papel fijo en el grupo.⁷ El período de instrucción del soldado debe ser permanente (1 año) y sobre todo en lo que es el combate nocturno (*Acta de Recepción del personal...*).

Mientras a la distancia es posible distinguir analíticamente distintos temas y escalas de problemas que este cabo primero narra, la forma en la que aparecen expresados en su testimonio probablemente esté relacionada a que todas estas situaciones fueron vividas como parte de un mismo día a día durante la guerra. Si desagregamos los temas que el cabo señala, encontramos concentradas muchas de las cuestiones que señalan los suboficiales en general: la falta de comida y abrigo, la escasez de cigarrillos, de elementos de comunicación, de armamento en buenas condiciones y de soldados instruidos para una guerra regular e internacional.

Prácticamente todos los suboficiales que contestaron este punto señalaron problemas con el armamento: que era poco, que no estaba en condiciones de ser utilizado, que no funcionaba correctamente, que no había elementos con los cuales realizarse mantenimiento, o directamente, que era totalmente inadecuado para la situación en que las tropas se encontraban. Como indicó un sargento, categóricamente: «Lo que no estoy de acuerdo es tener soldados en primera línea armados únicamente con pistolas 9 mm» (*Acta de Recepción del personal...*).

La cuestión de la falta de alimento también fue muy recurrente entre las respuestas de los suboficiales, que en este punto se asemejan a las de los oficiales: «... los depósitos del pueblo estaban abarrotados de raciones», señaló uno, mientras otro aseveró: «pasamos hambre y cuando volvimos se tiraba comida al agua» (*Acta de Recepción del personal...*).

Los suboficiales, sin embargo, no se limitaron a señalar estas cuestiones sino que además tomaron una posición activa frente a la situación de llenar el Acta de Recepción e hicieron señalamientos, propuestas y denuncias que evidentemente pretendían consecuencias. Este es el caso de un cabo primero de veinte años que «lamentó informar» que un oficial del regimiento

... no está capacitado para ser jefe de [...] el mencionado oficial [lo menciona por su nombre y grado] les pegaba a los soldados [...] No tubo otra mejor idea este oficial que [...] hacerlo poner desnudo al soldado y obligarle a que se tire en una laguna de agua semi-congelada ya que el acusado tubo principio de hepatitis, y dejarlo sin comer por tres días. Informo que unos de mis soldados tuvo pie de trinchera y yo personalmente llevé y di novedad al jefe de la sección, a lo cual el mencionado soldado fue en varias oportunidades a la enfermería a lo cual lo llevaron al hospital y le dijeron que regrese en tres días para ser evacuado al continente. El doctor del Ri Mec 3 no lo llevó y el soldado regresó con el mismo problema (*Acta de Recepción del personal...*).

Más de uno denunció en la inmediata posguerra «malos tratos» por parte los oficiales del Regimiento de Infantería 3, aunque solo unos pocos lo hicieron de forma tan explícita como el cabo primero. Además, todos los reclamos sobre la de falta de alimento, elementos de zapa, abrigo y armamento suponían por lo menos tácitamente una impericia profesional de los superiores (este aspecto es compartido por los oficiales declarantes). Asimismo, realizaron una gran cantidad de señalamientos respecto de la falta de información

7 Los soldados conscriptos de este regimiento pertenecían fundamentalmente a las clases 1962 y 1963. Los primeros, por lo tanto, habían terminado mayoritariamente el SMO y habían sido reincorporados en oportunidad de la guerra, mientras los segundos habían comenzado dicha instrucción pocos meses antes del inicio del conflicto.

con la que tanto ellos mismos como los soldados (que dependían de ellos directamente) transitaron los meses de la guerra: «faltaba información a la tropa de la situación general, de la propia tropa y del enemigo» (*Acta de Recepción del personal...*), y también «me resultó muy desagradable que el comandante de mi brigada no recorriera la 1.^{era} línea» (*Acta de Recepción del personal...*), reclaman y dejan por escrito suboficiales de todas las edades y jerarquías. ¿Por qué no se informaba sobre lo que estaba pasando? ¿Quiénes eran los que tenían que garantizar la información y por qué no lo hacían? ¿Era vivido esto como una novedad? La falta de interés por la tropa por parte de la superioridad, que algunos oficiales ya señalaban respecto de sus propios superiores, también se hace notar entre las palabras de los suboficiales. Con relación a esto último, los suboficiales denuncian actitudes especialmente gravosas para el imaginario castrense, como la falta de valentía, en relación con sus superiores: «... momentos antes del repliegue noté que hubo poco ánimo de seguir combatiendo por parte del personal de tropa, al no tener apoyo anímico de nuestros superiores, que en ningún momento mostraron actos de valor» (*Acta de Recepción del personal...*).

La operación que tanto los oficiales como los suboficiales intentaron llevar adelante fue configurarse y delimitarse a sí mismos como grupos totalmente distintos (más allá de las diferencias interiores): oficiales por un lado, suboficiales por el otro. El mecanismo de auto-percibirse como núcleo cerrado y esencialmente distinto al otro se reprodujo respecto de los soldados conscriptos en ambos casos. La importancia que en sus testimonios le dieron los suboficiales a los soldados conscriptos fue, sin embargo, cuantitativa y cualitativamente mayor que la dada por los oficiales, probablemente debido a que muchos suboficiales y soldados conscriptos compartieron, durante los meses que duró el conflicto, el día a día. Más allá de la situación bélica, además, los suboficiales eran quienes estaban en contacto habitual con los conscriptos mientras estos realizaban el SMO, por lo que este era un tema con que se vinculaban con mayor regularidad.

Hubo tres grandes grupos de opinión respecto de lo actuado por los soldados conscriptos entre los testimonios que los suboficiales incorporaron a las Actas de Recepción. En primer lugar, muchos se quejan de los desconocimientos de los soldados y los responsabilizan a ellos mismos por su situación. Este es el caso, por ejemplo, del testimonio del cabo con el que inauguramos el apartado, que entendía que los soldados solo pensaban en comer y dormir. Estos suboficiales señalan, con mucha dureza, la escasa edad, inmadurez, falta de patriotismo y prácticamente nulo conocimiento sobre el manejo de armamento de los soldados. Un segundo grupo de suboficiales, quizás a sabiendas de que muchos otros se referirían negativamente a los conscriptos, aprovecharon el Anexo 4 para defender y reafirmar lo actuado y los valores patrióticos demostrados por los conscriptos. Entre ellos hay declaraciones como la de un cabo primero, de 24 años, que resalta la «absoluta responsabilidad de los s/c [soldados clase] 62 a pesar de ser muchachos jóvenes, donde a esa responsabilidad se le puede agregar todo su ímpetu y patriotismo para con su misión» (*Acta de Recepción del personal...*).

Más allá de la percepción puntual que pudieran tener sobre el valor o el desempeño de los soldados con los que les tocó compartir la guerra, un tercer grupo de suboficiales desplazó el problema y aprovechó este punto del formulario para transmitir sus reflexiones sobre el SMO. En ese sentido, las experiencias bélicas y la interpretación que de ellas hicieron en la inmediata posguerra les condujeron a replantearse algunas de las características tradicionales y aparentemente totalmente legitimadas que esta institución tenía —y comunicárselas a sus superiores—. En líneas generales, lo que estos jóvenes suboficiales se estaban planteando era nada menos que la validez de destinar soldados conscriptos (o exconscriptos) a la guerra, cuándo era válido llamar a ciudadanos que hubieran pasado por el SMO para defender la soberanía nacional, qué tipo de formación se estaba dando a los ciudadanos durante el período que duraba la conscripción obligatoria, a qué edad tenía que realizarse, qué duración debía tener, si cumplía la función de inculcar el deseo de defender la patria o no y, a fin de cuentas, cuál era su función en el presente o qué función debería tener. Un cabo primero de 23 años señalaba, por ejemplo, que

Cabe destacar que en conversaciones que he tenido con los soldados de mi sección llegue a la conclusión de que los s/c 62 de mi unidad no tendrían que haberlos llevado porque: la mayoría estaban licenciados hasta la baja y al resto le faltaban días para hacerlo, cosa que los llevó a cambiar de mentalidad, querían terminar pronto y aunque no lo decían creo que les importaba poco. Algunos soldados decían que les enseñe a usar el armamento que les fue previsto porque nunca lo habían visto o usado (*Acta de Recepción del personal...*).

Como él, un sargento dio su opinión sobre este tema y, de forma aún más explícita, argumentó que el «verdadero sentir» de los conscriptos —incluso de los que ya habían finalizado el SMO— no estaba necesariamente alineado con la participación en una guerra. Es llamativo, en este sentido, que estos suboficiales no se refirieron a estas situaciones de una forma peyorativa, como hacía el primer grupo de suboficiales, sino reflexivamente.

Se trata de cuestionamientos acerca de la eficacia que el SMO estaba teniendo en llevar adelante algunos de los objetivos que supuestamente esta institución tenía desde sus inicios: la formación de civilidad, el sentido de defensa de los valores nacionales y la masculinidad —asociada a la *argentinidad*— (Ablard, 2017). El carácter compulsivo de la conscripción aparece, en las declaraciones de algunos de los suboficiales, más como un condicionante o limitación para el desarrollo de la guerra que como un apoyo. Un cabo primero, de 24 años, señalaba en su Anexo 4 que

Primeramente si bien es cierto fuimos a combatir y lo que se debería haber hecho es llevar gente capacitada e instruida como corresponde (me refiero a la tropa), fueron soldados clase 63 sin un conocimiento respecto el combate individual. Observé en varias oportunidades que los soldados no fueron a defender nuestra soberanía como corresponde, solo lo hicieron porque rige una ley (*Acta de Recepción del personal...*).

El tipo de entrenamiento e instrucción que se le daba los soldados conscriptos estaba bajo la lupa, así como también se cuestionaba si su madurez —asociada a su edad— era suficiente para afrontar una guerra. En este punto en particular las reflexiones de este tercer grupo se cruzan con las del primero (los que se quejaban de lo actuado por los soldados). Ambos hacían énfasis tanto en las falencias que había implicado llevar personas obligadas a combatir en lugar de personas que lo hicieran por convicción (como ellos mismos), como en la necesidad que habían tenido durante la guerra de contar con tropa mejor instruida en *lo mental* y en cuestiones técnicas (manejo de armamento, combate nocturno, etc.). Como muchos de sus compañeros, un cabo de veinte años dijo: «Soy de la opinión de que los soldados de 18 años no están capacitados mentalmente para afrontar situaciones como un enfrentamiento bélico» (*Acta de Recepción del personal...*).

Si bien ningún suboficial del Regimiento de Infantería 3 declaró ni sugirió que en su opinión fuera conveniente abolir el SMO, algunos suboficiales sí hicieron propuestas concretas sobre modificaciones en su régimen. Estos cambios que proponían apuntaban a recibir varones más grandes y retenerlos durante menos tiempo, aunque no justifican los motivos de esta última propuesta. Por ejemplo, un sargento primero de 31 años sugería «volver al sistema de servicio militar a los 20 años, y de menos duración» (*Acta de Recepción del personal...*). Considerando que la edad a la que debía realizarse el SMO en Argentina había sido reducida de los 20 a los 18 años por la Ley 20428 de 1973 pero recién se había comenzado a aplicar en 1977 (Garaño, 2009), que una buena parte de los suboficiales se refirieran negativamente a la edad de los soldados conscriptos implicaba que se oponían explícitamente a una modificación que había sido implementada por la aún gobernante administración militar. Aunque la necesidad e importancia de la conscripción no estaba en duda entre ellos, a partir de sus experiencias de guerra proponían revisar algunas de sus características más importantes llegando incluso a sugerir una crítica directa a una decisión del gobierno nacional.

Para muchos de los suboficiales la guerra fue una situación límite que les llevó a una posición ambigua: por un lado a posicionarse desde y reafirmar la jerarquía militar pero, al mismo tiempo a enfrentarse o reclamarle fuertemente a sus superiores militares. En ese sentido, las Actas de Recepción les dieron a los suboficiales

la posibilidad de una primera elaboración de la experiencia a través de la cual enfatizaron también en los modos en que su identidad como grupo al interior de la institución militar se vio atravesada por los vínculos tejidos con soldados y oficiales. Aún si al interior del grupo de suboficiales no parece haber fisuras como entre los oficiales, existe en ambos casos una fuerte defensa de su especificidad y superioridad. En el caso de los suboficiales esta auto-afirmación se hizo respecto de los superiores —sin reconocer diferencias al interior del grupo de oficiales— y también de los soldados, con quienes habían compartido muchas experiencias en las Islas.

Reflexiones finales

Las respuestas que los oficiales y suboficiales del Regimiento de Infantería 3 dieron al Anexo 4 de las Actas de Recepción constituyen una vía de entrada posible para abordar la inmediata posguerra de Malvinas. Las formas específicas en que las experiencias de guerra fueron interpretadas y se reflejaron posteriormente, sin embargo, no pueden extraerse ni restringirse a su análisis. Visitar otras fuentes documentales así como también realizar entrevistas será, por ello, fundamental para profundizar la investigación sobre este tema y período.

La inmediata posguerra surge, a partir de los testimonios de los oficiales y suboficiales, como un momento en el que se expresaron formas específicas de identidad, relaciones, solidaridades y disputas vinculadas directamente a la experiencia bélica. Es posible vislumbrar, en sus declaraciones, indicios de rupturas tanto verticales como horizontales: si por un lado hay elementos que nos permiten trazar horizontes claros entre oficiales y suboficiales —que se denuncian mutuamente—, por otra parte hay señales de que podría haber otras diferenciaciones, sutiles pero no por eso menos potentes. El lugar físico en el que pasaron la guerra aparece como una de las variables que configuró esas nuevas formas de solidaridad e incluso identidad, como muestran los testimonios de oficiales. Otra variable fue las personas con las que compartieron la guerra, como sugieren las reflexiones de los suboficiales sobre los soldados conscriptos.

A partir de las declaraciones de los oficiales y suboficiales, que se caracterizan por contener denuncias y quejas pero también opiniones y propuestas inclusive de los más jóvenes miembros del Regimiento —que habían ingresado al Ejército poco antes de ir a Malvinas y tenían las mismas edades que los soldados conscriptos—, es posible detectar que la guerra no fue lo que habían imaginado a partir del Ejército que conocían. Esto queda de manifiesto en el tipo y volumen de reclamos que hicieron a sus superiores sobre necesidades elementales insatisfechas, comportamientos, educación y «valores», sobre los que ambos grupos hicieron especial énfasis. Si bien es necesario continuar la investigación para profundizar sobre el tema, pareciera que para estas personas que eligieron la profesión militar como opción de vida las experiencias y las dificultades vividas en la guerra habrían generado sensaciones de frustración, desilusión o explícito enojo, como se lee en sus declaraciones a los pocos días de la rendición.

Al interior del Ejército Argentino la derrota militar se tradujo en una oportunidad para que sus miembros, en el preciso momento que regresaban de la guerra, se expresaran y posicionaran en su interior. La propia existencia de un anexo en el formulario de recepción en el que cada miembro de la fuerza podía agregar lo que considerara relevante evidencia que la propia institución estaba habilitando, en cierta medida, la palabra. Que más de la mitad de los miembros no conscriptos del regimiento eligieran testimoniar en dicha circunstancia y luego del horror de la guerra da cuenta y remarca la necesidad e importancia que tenía para ellos expresarse. Al dejar sus testimonios por escrito, los oficiales y suboficiales del Regimiento de Infantería 3 se posicionaron a sí mismos como sujetos activos dentro de la institución a la que pertenecían. La derrota y el regreso, en este sentido, fueron interpretados como una oportunidad —al menos para los suboficiales y los oficiales más jóvenes de este Regimiento— para reflexionar sobre el propio Ejército y, en algunos casos, incluso para pensar en otros ejércitos posibles. No podemos saber a partir de estas fuentes, sin embargo, si ese Ejército Argentino al que pertenecían quiso o supo escucharlos.

Referencias bibliográficas

- ABLARD, J. D. (2017). "The Barracks Receives Spoiled Children and Returns Men": Debating Military Service, Masculinity and Nation-Building in Argentina, 1901-1930. *The Americas*, 74 (3), 299-329.
- * *Acta de Recepción del personal del Regimiento de Infantería Mecanizado 3* (RIM 3), 21 de junio 1982, Anexo 4, s/p, Comisión Especial Malvinas (CEM), Servicio Histórico del Ejército (SHE), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina.
- ARGENTINA, PODER EJECUTIVO NACIONAL (1973). Ley 20428. Servicio Militar. Modificación de la Ley 17.531. Recuperado de <<https://www.argentina.gob.ar/normativa/nacional/ley-20428-108648>>.
- ARGENTINA, MINISTERIO DE DEFENSA (2015). Decreto 503/2015. Documentación Conflicto Bélico del Atlántico Sur - Relévese de la Clasificación de Seguridad. Recuperado de <<https://www.argentina.gob.ar/normativa/nacional/decreto-503-2015-245527>>.
- BOURKE, J. (1999). *An Intimate History of Killing*. Londres: Granta Books.
- FELD, C. (2015). La prensa de la transición ante el problema de los desaparecidos: el discurso del «show del horror». En C. FELDT y M. FRANCO (Comps.). *Democracia, hora cero: Actores, políticas y debates en los inicios de la posdictadura* (pp. 296-316). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- FRANCO, M. (2018). *El final del silencio: dictadura, sociedad y derechos humanos en la transición (Argentina, 1979-1983)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- GARAÑO, S. (2009). «El soldado de 18 años»: un análisis de la modificación en la edad para cumplir el Servicio Militar Obligatorio (1976). *XII Jornadas Interescuelas/ Departamentos de Historia*. San Carlos de Bariloche: Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario de Bariloche. Universidad Nacional del Comahue San Carlos de Bariloche.
- GUBER, R. (2016). *Experiencia de Halcón: Ni héroes ni kamikazes: pilotos de A4B*. Buenos Aires: Penguin Random House.
- * *Informe de Novedades del Cpo. Ej. I*, foja 10, CEM, SHE, CABA, Buenos Aires, Argentina.
- LORENZ, F. G. (2006). *Las guerras por Malvinas*. Buenos Aires: Edhasa.
- (2009). *Malvinas: una guerra argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- (2015). Gran Malvina: Una mirada a la experiencia bélica desde los testimonios de sus oficiales. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 41 (2), 225-257. Recuperado de <<https://www.redalyc.org/pdf/1271/127135722008.pdf>>.
- * *Orden Especial* (OE) 2/82, 19 de junio de 1982, s/p., CEM, SHE, CABA, Buenos Aires, Argentina.
- RODRÍGUEZ, A. B. (2015). La guerra lejos de las trincheras. Experiencias e identidades de los integrantes del Apostadero Naval Malvinas en el Conflicto del Atlántico Sur. En: F. LORENZ (Comp.), *Guerras de la historia argentina*. Buenos Aires: Grupo Planeta.
- (2020) *Batallas contra los silencios: la posguerra de los ex combatientes del Apostadero Naval Malvinas: 1982-2013*. Los Polvorines-La Plata-Posadas: UNGS-UNLP-UNAM.
- SOPRANO, G. (2016). *¿Qué hacer con las Fuerzas Armadas? Educación y profesión de los militares argentinos en el siglo XXI*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Prometeo Libros.
- (2018a). La formación profesional de los oficiales artilleros del Ejército Argentino entre la Segunda Posguerra Mundial y la Guerra de Malvinas. En *Forças Armadas e Sociedade Civil: Atores e Agendas da Defesa Nacional no Século XXI* (pp. 51-88). São Cristovao: Editorial UFS.
- (2018b). La Promoción 113 del Colegio Militar de la Nación. Un estudio sobre perfiles y trayectorias profesionales de militares argentinos (1979-2015). En L. G. RODRÍGUEZ y G. SOPRANO (Eds.). *Profesionales e intelectuales de Estado. Análisis de perfiles y trayectorias en la salud pública, la educación y las fuerzas armadas* (pp. 253-290). Rosario: Prohistoria.
- (2018c). El ejército argentino y la guerra convencional en la segunda mitad del siglo XX. Reflexiones a partir de la experiencia de la artillería en la guerra de Malvinas. *Contenciosa*, VI (8). Recuperado de <<http://contenciosa.org/Sitio/VerArticulo.aspx?i=100>>.
- (2020). Solidaridad y conflicto entre combatientes del Grupo de Artillería 3 del Ejército Argentino en la guerra y posguerra de Malvinas. *Avances del CESOR*, 17 (22), 51-72.
- THOMPSON, E. P. (1963/2012). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Madrid: Capitán Swing.

Anexo I

El Acta de Recepción estaba compuesta por los siguientes campos.⁸

Campo de Mayo, fecha.

1. Grado:
2. Arma/especialidad
3. Apellido y Nombres:
4. LE/DNI/CI:
5. Estado Civil:
6. DM:
7. OE:
8. Clase:
9. Unidad de Origen:
10. Unidad de Redistribución:
11. Movilizado/Incorporado:
12. Estado de salud (tachar lo que no corresponda)
Sano – Herido – Enfermo
13. Rol de Combate (subunidad- sección. Grupo. Pieza):
14. Resumen de actividades en las Islas Malvinas:
15. Tiempo de permanencia en las islas:
16. Superior de quien dependía:
17. Misiones de combate cumplidas:
18. Lugar, fecha, hora en que fue tomado PG (breve resumen del hecho):
19. Información sobre personal fallecido, herido, desaparecido y/o PG (Ver Anexo 2)
Si tengo información – no tengo información
20. Actos destacados observados (Ver Anexo 3): sí – no
21. Aspectos de interés para agregar (Ver Anexo 4)

Actuante (Firma y Aclaración)

Declarante (Firma y aclaración)

8 OE 1/82, 7 de Junio de 1982, s/p., CEM, SHE, CABA, Buenos Aires, Argentina.